



## Una historia de amor sobreviviente

### A surviving love story

Cristian Molina<sup>1</sup>

IECH (UNR, CONICET)

CEOL (Centro de Estudios de Otras Literaturas)

[molacris@yahoo.com.ar](mailto:molacris@yahoo.com.ar)

**Resumen:** Abordo el libro de Susana Rosano, *Nunca llegarás a viejo* (2025), enfatizando la construcción de una voz de hermana de desaparecidos, sobreviviente. Me interesa situar el texto como una historia de amor que se vuelve disruptiva respecto de los relatos y ficciones sobre la Dictadura militar argentina.

**Palabras claves:** Voz – hermana sobreviviente – vida – amor – Dictadura.

**Abstract:** I approach Susana Rosano's book, *Nunca llegarás a viejo* (2025), emphasizing the construction of the voice of a sister of the disappeared, a survivor. Ultimately, I am interested in situating the text as a love story that becomes disruptive in relation to the narratives and fictions about the Argentine military dictatorship.

**Keywords:** Voice – Survivor sister – Life – Love – Argentine military Dictatorship.

---

<sup>1</sup> **Cristian Molina** es Doctor en Humanidades y Artes, Mención Literatura y Magister en Literatura Argentina por la Universidad Nacional de Rosario. Es profesor titular de Literatura Europea II en la Facultad de Humanidades y Artes, UNR y Subsecretario de Posgrado en la Fhummyar. Es investigador Independiente de CONICET, Director del Centro de Estudios de Otras Literaturas, Vicedirector del Instituto de Estudios Críticos en Humanidades y de Conicet Rosario. Se ha desempeñado como editor en publicaciones académicas. Ha sido curador del Festival Internacional de Poesía de Rosario (2021) y Coordinador general del mismo en el 2022 y 2023. Ha publicado el libro *Relatos de Mercado. Literatura y mercado en el Cono Sur* (2013) y *Precaria Dispersión* (2024), así como numerosos artículos y capítulos de libros sobre relaciones de la literatura argentina con otras literaturas. Colaboró como reseñista de literatura en diversos medios. Ha escrito también los libros de ficción: *Blog* (2012), *Lu Ciana* (2013), *Wachi book* (2014), *Un pequeño mundo enfermo* (2014), *Machos de Campo* (2017) y *Sus bellos ojos que tanto odiaré* (2017), *Poesía Molotov* (2020) y *La Juanita* (2021).

A Susana Rosano la conocí a inicios de la década de los años 2000, cuando ella regresó a Argentina y se integró a la cátedra de Literatura Iberoamericana II, que yo estaba cursando. Es difícil calibrar qué fue, pero sentí una especie de conexión de inmediato con ella. Cuando me explicó que tenía una relación familiar con Leones, mi cabeza estalló, porque efectivamente su apellido era para mí algo más que próximo. Por entonces, yo trabajaba, dictando talleres literarios, en la Municipalidad de Leones, bajo la última gestión como Intendente de su tío, Dante Rosano, uno de los referentes emblemáticos del peronismo del sudeste cordobés.

Esto sería solo una anécdota de azar venturoso, pero Susana, en el libro que abordamos hoy, nos advierte que la fuerza del azar es casi ineludible en la vida de unx sobreviviente y que no existen las meras coincidencias. De modo que esa afirmación complejiza la perspectiva. Ahora, después de haber leído *Nunca llegarás a viejo*, la conexión del azar se vuelve un sentido cargado al extremo. La sagacidad de Susana en sus clases, su permanente cuestionamiento de las afirmaciones tajantes, de las posiciones duras y esquemáticas del poder cultural, su necesidad de señalar que eso que acababa de decir también podía ser puesto en duda, que había otras perspectivas o, incluso, su desfachatez al criticar la propia perspectiva y la de otrxs, ahora, digo, después de leer el libro, se convierten en la fuerza, en el modo en que adquiere la fuerza de esxs rotxs que tenemos una herida con la que lidiar desde muy chicxs, sobre todo cuando sobrevivimos a alguna de las formas de las tragedias familiares, que nunca son tampoco estrictamente familiares ni individuales, sino generalmente colectivas. Es con este libro que entendí esa conexión, ese azar venturoso en el que no había ninguna mera coincidencia.

Desde entrada, *Nunca llegarás a viejo* se presenta como devenir de una escritura de la herida que sigue supurando en los contornos de una cicatriz. Así, Susana nos mete en una duración vital de esa catástrofe que estalló para

siempre en su adolescencia: la desaparición de su hermano Alfredito y su detención en el Servicio de Informaciones durante la cruenta Dictadura cívico-militar de los años 70. Pero lo que sigue sin parar de durar desde entonces es que esa herida no supura constantemente, sino cada tanto. Porque el sobreviviente define su relato como la búsqueda de una voz que no es la del testigo. En la época de la “universalización del testigo”, Daniel Link señala que Walter Benjamin se desplazó hacia la noción de experiencia, no tanto como vivencia previa al acto de alocución, sino como una que se hace destruyendo el lugar de lo verdadero y de lo falso. No hay experiencia antes de la narración, es decir, sin relato, pero este es, en definitiva, la vacilación de las verdades y de los sentidos cristalizados porque simplemente *se va haciendo*. En el libro, supuso encontrar una voz, después de más de cuarenta años, que sin dejar de ser supuración de la herida, como ella, sigue compareciendo cada tanto para volver a su pasado tortuoso, aunque desde diferentes presentes que son futuros impensados. La sobreviviente vive en esa sobre-vida relatada, que es un exceso de fuerza para hacer frente al despojo autoritario que la muerte trae en lo sucesivo. O casi, como en las palabras de Idea Vilariño, es una voz que recuerda por lo bajo:

Qué gran cosa la vida  
 qué gran cosa qué don  
 qué carga qué viaje  
 de arena gruesa qué  
 roca de Sísifo  
 por emplear alguna  
 aunque mal acentuada  
 —la métrica la métrica—  
 metáfora elegante. (295)

Gran cosa, exceso que nos pierde como Sísifo en un inicio en el que cada tanto se cae, en una herida, en un fantasma que es y no el de nuestro pasado colectivo durante la Dictadura.

Encontrar esa voz de la herida que supura, pero no siempre, sino desde un exceso de vida, cifra el relato en un retorno que cada tanto, es decir, a lo largo de lo vivido, vuelve. Esto se entiende porque esa voz es la que se aferra a lo vital desde lo más primordial: como hermana de un desaparecido. Y desde allí cifra, al mismo tiempo y en un esfuerzo descomunal, una oposición a la perspectiva de su hermano ausente, al que se cuestiona la convicción asumida de “dar la vida por...”, pero con piadoso amor, con ternura, arrepintiéndose de no haberlo agarrado de los pelos y obligarlo a irse del país antes de lo fatal. La vida, parece decirnos Susana, en esas coyunturas truculentas y trágicas, puede ser un azar, como en su caso, detenida en el Servicio de Informaciones, del cual salió casi un mes después sin saber por qué, pero también es una posición política ante los discursos bélicos, heroicos y asumidos de la muerte política. No porque haya dos demonios, claro que no, sino porque se trata de pensar en una vida en común más que en una muerte común por cualquier tipo de causa, cuando son dirigencias —autoritarias— las que instalan ciertas nociones para quienes deben dar la vida por ellos. Y allí, esa voz, hace que emerja otra perspectiva y otro archivo, como repite el relato, donde no son lxs hijxs, ni las madres, ni las abuelas quienes toman el discurso de la herida colectiva que nos hizo la Dictadura argentina, si no lxs hermanxs —ni siquiera militantes, solamente hermanxs— que han sobrevivido.

Así, uno de los efectos performáticos de su voz de hermana sobreviviente es que tampoco se aferra a ningún género de escritura, lo cual supondría una causa genérica, una muerte de la posibilidad para lo vital que supone escribir, sino que se abre a su errancia, a la supervivencia de la pura potencia. El libro no es una biografía típica, no es tampoco un libro de historia, no es un ensayo, no es un testimonio, no es solo prosa, no es un poema, no es una ficción. Y, sin embargo, revisita todos esos géneros. Pasa por momentos en los que la voz se encarna y desencarna de esas formas,

sobrevive a ellas, en todas ellas. Pasa de la narración a los estallidos líricos de los poemas citados como potentes drogas de sentido; de ahí a los comentarios de libros sobre hermanxs de desaparecidxs en cuasi reseñas/ensayos y decanta en el devenir de la imaginación de los fantasmas que no pueden concebirse como tales por medio de un fantaseo melancólico. Por eso no es un libro típico sobre la dictadura: ni historia, ni ficción, ni testimonio, ni narración plena, ni ensayo. Es el libro de la voz que sobrevive y, a partir de ella, hace presente, re-vive, como se puede, las ausencias de todo un mundo después de la tragedia colectiva:

La memoria es una navaja transparente que nos tajea en el momento menos pensado. Paso ahora muchos momentos de mi vida sin recordar la parte tortuosa de mi historia, mi tajo, como suelo llamarlo. Pero hoy estuvo en casa Enrique, nuestro carpintero, que, además y sobre todo, es uno de los pocos amigos de mi hermano que frecuento y al que siento también un amigo. Y nos tomamos un café antes de que se pusiera a trabajar en el piso de madera que está colocando en casa. Y apareció allí la magdalena proustiana: mientras él recordaba su propia historia, la figura de Alfredo apareció nítida, recortada en colores sepia pero absolutamente real. Alfredo mirándome desde la distancia de estos muchos años que pasaron desde que lo asesinaron, su fantasma alado, su olor dulzón. ¿Qué hubiera sido de su vida si por un milagro las balas que le estaban destinadas se hubieran desviado? ¿Dónde estaría hoy, a los 68 años?, ¿cómo?, ¿con quién? Durante muchos años cuando hablaba en terapia sobre él, me costaba imaginarlo viviendo la vida gris que nos tocó a los sobrevivientes. Sin embargo, ahora, que ya pasaron tantos, tantos años, que se me viene muriendo tanta gente que lo conoció, que ya no me queda familia hacia arriba; sin embargo, ahora me permito el lujo de la imaginación. Y si la memoria, como ya dije, tiene algo de topográfica, es imposible pensar en Alfredo sin regalarle una ubicación precisa, un lugar en el espacio. Si mi hermano hoy estuviera vivo, sin lugar a dudas viviría en el campo. No sé muy bien en qué condiciones. Tal vez sería un arrendatario, tal vez un ingeniero agrónomo cuya elipsis vital lo amarró a la tierra, a los caballos, al olor a bosta. Ese era mi hermanito, el que ejercía un poder tiránico sobre mis padres para visitar el campo de mi tío Dante cada vez que nos teníamos que trasladar a Leones cuando

éramos chicos. Allí vivían los *nonnos* desde su desembarco inmigrante desde el Piamonte en la década del 20, con mi papá y el tío Dante en cada mano. Y como mi papá era médico y el *nonno* Umberto estaba enfermo, todos los fines de semana de los años sesenta nos cargaba en el Falcon verde (sí: mi papá tenía un Falcon verde), y partíamos para Leones. Y allí Alfredo ejercía su tozudez para visitar el campo y andar a caballo. Creo que esta es la parte más genuina que me quedó de mi hermanito, además de un par de libros de hermosos libros sobre pelaje criollo.

Y si la memoria es un poco topográfica, entonces, el fantasma de Alfredo se aparece ahora y me dice que, si las balas no hubieran llegado a destino esa madrugada en un descampado helado de Santa Teresa, si Alfredo hubiera recapacitado a tiempo y permitido que mi papá lo sacara del país, hoy yo lo iría a visitar al campo. Ni el campo de Canals ni el de Pergamino, donde supe estar: sería su campo. El que Alfredo trabaja, donde están sus hijos y nietos, el de los mejores horizontes anaranjados. Un campo verde y tan hermoso como el que estoy mirando desde la ventana acá en Funes, en mi casa: mi lugar en el mundo. (Rosano 112 113)

La imaginación de la voz de Susana es un lujo que revive a los muertos, en realidad, que nunca los mató, que los trae al campo fantasmático y verde del presente y, como señala al final, no solo ve a Alfredo: lo sueña y habla con él. El hermano desaparecido aparece ante nosotrxs para decirnos, como el familiar espectro del padre de Hamlet, que algo huele mal, que sigue oliendo mal, pero que nada ha terminado con él, a pesar de la desgracia colectiva —y política— que se desencadenó, sino que está ahí, que sigue ahí y que, por ende, va a acompañarla y acompañarnos, ahora por un largo tiempo, también en este libro, a todxs nosotrxs y ya no solo a Susana. Pero a diferencia del relato de Shakespeare, el de Susana, por exceso de vida —Shakespeare no parece haber sido un sobreviviente a sus tragedias—, abre el libro con el resumen perfecto que hace chisporrotear todo el sentido:

*Para Horacio Dalmonego, mi compañero de ruta, mi amor.  
Para Manuela y Santiago, que me anclaron del lado de la vida.  
Y para Uma, Galo, Benicio y Amanda, por el mañana. (Rosano 7)*

En el exceso de vida que se hace, el relato de la hermana sobreviviente es también el de la alegría de una red de afectos y de amores cuyos avatares se recuperan o, mejor, en eso que vive de ellos, se va al relato de Alfredo y al propio. Esa vida que Susana no imagina, sino que hace relato y le regala, asegura, los momentos de felicidad que la conectan con la energía del universo, devienen también los protagonistas de otra historia: la de lo que vive a pesar de todo en los afectos cotidianos que se convierten en el bálsamo de la herida que supura. Y es por eso que, a lo largo de todo el libro, me pregunté: ¿no habría que leer la historia de la voz sobreviviente de la hermana del desaparecido como una implacable y una auténtica historia de amor, de un tierno amor que sobre el trasfondo horripilante de una tragedia colectiva, se erige enamorada? Estoy casi convencido de esta idea, que haría del libro de Susana algo todavía más disruptivo respecto de los relatos y del archivo de ficciones sobre y de la dictadura. Y lo que me da la pauta es algo que ella escribe con la destreza imbatible que tiene:

Tengo tantas preguntas que sé que ya nunca podrán ser contestadas. En muchos aspectos, mi papá fue para mí un desconocido. Y hace tanto que murieron él y sus tres hermanos, y mis abuelos, que nunca voy a poder reponer los recovecos de la historia familiar. Ya no hay manera de que mi papá me responda las preguntas que no le hice. Basta mirar algunas fotos para admitir que era un extraño para mí. Pero, ¿eso importa? Como decía Quevedo, en “Amor constante más allá de la muerte”, somos tan solo polvo, y polvo enamorado: “Alma a quien todo un Dios prisión ha sido, venas que a tanto humor han dado, médulas que han gloriosamente ardidido, su cuerpo dejará, no su cuidado; serán ceniza, mas tendrá sentido; polvo serán, mas polvo enamorado. Polvo enamorado. Es aquí, precisamente aquí, donde se cifra todo el amor de mi padre: la herencia que me dejó, la fortaleza que todavía conservo. (Rosano 27)

Sobrevivir como polvo enamorado, más allá de la muerte, propia, del hermano o de los seres queridos, por azar, incluso. Esa es la voz de la sobreviviente del hermano desaparecido que pudo construir Susana ante la

herida que supura en la historia y en la cultura argentina contemporánea. Pero no es una historia de amor de pareja, aunque el libro también la cifre en encuentros y desencuentros a dos orillas, entre Europa y Rosario. No, no es una al estilo de la desteñida y edulcorada de *El secreto de sus ojos*, de Campanella (2009). Se aproxima, quizá, más a la de esa fuerza que sucede en pleno horror, por prepotencia de vida, entre los adolescentes detenidos de *La noche de los lápices*, de Héctor Olivera (1986), que encuentran el modo de mantener algo de potencia de vida comunicándose por los techos y paredes entre ellos, para aliviar el horror, la herida, mediante el sostenimiento de la ternura y el afecto —quizá la humanidad— en medio del agónico cadalso de los días que solo anuncian la muerte. Es en esa prepotencia, en esa forma del amor. Ya desde la mitología griega, según Hesíodo, *eros* fue una fuerza primigenia, creadora, uno de los orígenes del cosmos. Es ese afecto atávico, ese modo de resistencia creadora de lo vivo, por lo vivo y por la vida, el que afirma la historia de amor de Susana:

Tenía absolutamente en claro entonces que nada, nada bueno, se puede construir desde la justificación de la muerte de otro ser humano. Sigo sintiendo hoy mismo desde las vísceras que existe una comunidad indestructible entre todos los seres vivos: las piedras, las plantas, los animales. Esa red me protege, me permite sentirme parte del fluir de la vida. (Rosano 40)

De este modo, en la red de lo vivo que fluye y se siente, como polvo enamorado, Susana afirma la voz ahora comunitaria de la sobreviviente. Esa es la historia de amor que el libro construye en paralelo a la catástrofe: un amor por los vivos, por fantasmas imaginarios que se presentan o por quienes conviven cotidianamente en el tono de la amistad, la pareja, los hijos, los nietos, lxs escritorxs admiradx, a lo largo de lo que se hace con la herida por Alfredo, que aún existe, está, conviviendo en esa red por prepotencia de afecto, sin que Susana deje de advertirle a todxs ellxs, en el tono de Juan Gelman, que: “te amo con todas mis fuerzas sin comprender la verdad / voy

de la furia a la dulzura de la dulzura a la pena / con cataratas en el ojo del alma” (880).

### **Bibliografía**

Campanella, Juan José (director). *El Secreto de sus ojos*. Tornasol films-Haddock films- 100 bares, 2009.

Gelman, Juan. “Dichos” en *Poesía reunida*. Buenos Aires: Seix Barral, 2012.

Link, Daniel. *Fantasmas*. Buenos Aires: Eterna Cadencia, 2015.

Olivera, Héctor (director). *La noche de los lápices*. Aries Cinematográfica Argentina, 1986.

Rosano, Susana. *Nunca llegarás a viejo*. Rosario: Beatriz Viterbo, 2025.

Shakespeare, Williams. *Hamlet*. Buenos Aires: Colihue, 2004. Traducido por: Rolando Costa Picazo.

Vilariño, Idea. *Poesía completa*. Buenos Aires: Lumen, 2008.